

PREMIO PROVINCIAL

UN MOMENTO PERFECTO

Por Luis Miguel Morán Bregel

Era la hora del paseo de la noche. Hacía bastante frío, pero no le gustaba llevar mucha ropa encima, más tarde le incomodaría.

-Entraré en calor durante la caminata- Pensó

Cogió una chaqueta fina, su gorra blanca de los Detroit Red Wings, sin dejar de admirar, por enésima vez, el bonito logo de la rueda y las alas, y su inseparable libro, y salió.

El recorrido sería el mismo de siempre. Primero, iría zigzagueando por las calles de aquella localidad turística que le acogiera años atrás, en dirección al extremo norte de la playa. Luego la recorrería en toda su extensión, hasta el ayuntamiento viejo, y, más tarde, volvería sobre sus pasos.

La mano en la que llevaba el libro se le quedaba helada. La otra, escondida dentro de la manga de su chaqueta, buscaba calor y refugio. Cada cierto tiempo, intercambiaba sus papeles, intentando dar un respiro a sus ateridos dedos.

Iba distraído, mirando a todos los lados, y a ninguno.

-Nada nuevo bajo el sol- Pensó

Las mismas tiendas, ya cerradas desde el anochecer. Las mismas pandillas de adolescentes dando rienda suelta a sus hormonas, con gritos y fanfarronadas, para llamar la atención de unas precoces aprendices de mujer, que, pintadas hasta el absurdo, reían y comentaban, escondiendo su rubor dentro del grupo. La misma playa, alisada por el viento que la había azotado durante toda la tarde, convertido ahora en una suave brisa. El mismo mar en calma, con el leve sonido de pequeñas olas rompiendo en la arena. Los mismos bares, con la misma gente, viendo el mismo deporte, el fútbol.

-Por qué serás tan diferente...-pensaba- Toda esta gente...Y tú, paseándote con un libro, y con un frío de mil demonios.

Llegó al ayuntamiento, y dio la vuelta.

Sus manos ya no estaban frías...

Se cruzó con varias parejas de personas mayores que salían del baile. Sonrió, recordando, aquella...la única vez que bailó un pasodoble, si a aquel espectáculo patético se le pudo llamar alguna vez bailar... ¡Que torpeza!, Que manera de tropezarse con sus propios pies, de convertir a su pareja en el enemigo, al que había que pisotear a toda costa...

Se quitó la gorra. Comenzaba a sudar. Su cabeza, afeitada, desprendía un leve vaho. Paró para atarse un poco más fuerte las zapatillas de deporte que, por pereza, llevaba flojas desde que saliera de casa, y levantó la vista.

-Será...-pensó- Lo es...

Y... se sentó, en el mismo banco que le había servido para ajustarse los cordones de su calzado, atrapado por el paisaje.

Dejó el libro a su derecha, y miró hacia el mar.

Era... **un momento perfecto.**

La luna brillaba, baja, muy baja, casi sobre la línea del horizonte. Su luz y su reflejo en el mar, sobre unas aguas calmadas, impedían, ver las estrellas, en aquella dirección. El suave rumor de las olas, era lo único que percibían sus oídos. La arena de la playa, sin pisadas que rompieran su monótona superficie, parecía un gigantesco bloque de helado de turrón. Las luces colgantes del paseo, imitaban la cola de un dragón a punto de remontar el vuelo para conquistar el cielo de la noche, soltando bocanadas de fuego por la boca.

-Hola.

-Hola...Dijo mirando a su derecha

Allí estaba ella..., encogida de frío; con su pelo suelto cayéndole graciosamente hacia uno de sus hombros; con sus ojos mirándole fijamente; con su graciosa y redondeada nariz, roja por el frío; con sus pequeñas orejas adornadas con unos sencillos pendientes; con las manos dentro de los bolsillos de una cazadora negra; con un pantalón vaquero ajustado, y unos zapatos con un poco de tacón, que parecían incomodarle.

Apartó el libro, y le tendió su mano.

-Estás helada. Siéntate

Ella, temblando, presa de un escalofrío, se sentó.

Se dejó abrazar. Apoyó la cabeza en su hombro. Su aroma, el olor de su pelo, recién lavado y todavía algo húmedo, entró en su nariz, y sacudió hasta la última célula de su cuerpo. Acarició su mejilla, sin dejar de admirar sus bellas y redondeadas facciones. Ella le correspondió con una sonrisa, interrumpida, únicamente, por la tiritona que no había cesado desde que llegara.

Volvió a mirar al horizonte, a la luna, cuyo brillo casi molestaba, al mar resplandeciente. Volvió a escuchar la música de las olas, y sonrió al imaginarse travieso, junto a ella, rompiendo el gigantesco helado de turrón con miles de juguetonas pisadas. Volvió a ver el dragón volando hacía las estrellas, iluminando la noche con el fuego que salía de sus fauces.

Cerró los ojos unos instantes y... todo se desvaneció. Giró la cabeza, buscándola...A su derecha sólo había un libro. El libro que nunca había dejado de estar allí. Sólo había sido un momento perfecto. ¡Otro maldito momento perfecto!

UN MOMENTO PERFECTO

Era la hora del paseo de la noche. Hacía bastante frío, pero no le gustaba llevar mucha ropa encima, más tarde le incomodaría.

-Entraré en calor durante la caminata- Pensó

Cogió una chaqueta fina, su gorra blanca de los Detroit Red Wings, sin dejar de admirar, por enésima vez, el bonito logo de la rueda y las alas, y su inseparable libro, y salió.

El recorrido sería el mismo de siempre. Primero, iría zigzagueando por las calles de aquella localidad turística que le acogiera años atrás, en dirección al extremo norte de la playa. Luego la recorrería en toda su extensión, hasta el ayuntamiento viejo, y, más tarde, volvería sobre sus pasos.

La mano en la que llevaba el libro se le quedaba helada. La otra, escondida dentro de la manga de su chaqueta, buscaba calor y refugio. Cada cierto tiempo, intercambiaba sus papeles, intentando dar un respiro a sus ateridos dedos.

Iba distraído, mirando a todos los lados, y a ninguno.

-Nada nuevo bajo el sol- Pensó

Las mismas tiendas, ya cerradas desde el anochecer. Las mismas pandillas de adolescentes dando rienda suelta a sus hormonas, con gritos y fanfarronadas, para llamar la atención de unas precoces aprendices de mujer, que, pintadas hasta el absurdo, reían y comentaban, escondiendo su rubor dentro del grupo. La misma playa, alisada por el viento que la había azotado durante toda la tarde, convertido ahora en una suave brisa. El mismo mar en calma, con el leve sonido de pequeñas olas rompiendo en la arena. Los mismos bares, con la misma gente, viendo el mismo deporte, el fútbol.

-Por qué serás tan diferente...-pensaba- Toda esta gente...Y tú, paseándote con un libro, y con un frío de mil demonios.

Llegó al ayuntamiento, y dio la vuelta.

Sus manos ya no estaban frías...

Se cruzó con varias parejas de personas mayores que salían del baile. Sonrió, recordando, aquella...la única vez que bailó un pasodoble, si a aquel espectáculo patético se le pudo llamar alguna vez bailar... ¡Que torpeza!, Que manera de tropezarse con sus propios pies, de convertir a su pareja en el enemigo, al que había que pisotear a toda costa...

Se quitó la gorra. Comenzaba a sudar. Su cabeza, afeitada, desprendía un leve vaho. Paró para atarse un poco más fuerte las

zapatillas de deporte que, por pereza, llevaba flojas desde que saliera de casa, y levantó la vista.

-Será...-pensó- Lo es...

Y... se sentó, en el mismo banco que le había servido para ajustarse los cordones de su calzado, atrapado por el paisaje.

Dejó el libro a su derecha, y miró hacia el mar.

Era... **un momento perfecto.**

La luna brillaba, baja, muy baja, casi sobre la línea del horizonte. Su luz y su reflejo en el mar, sobre unas aguas calmadas, impedían, ver las estrellas, en aquella dirección. El suave rumor de las olas, era lo único que percibían sus oídos. La arena de la playa, sin pisadas que rompieran su monótona superficie, parecía un gigantesco bloque de helado de turrón. Las luces colgantes del paseo, imitaban la cola de un dragón a punto de remontar el vuelo para conquistar el cielo de la noche, soltando bocanadas de fuego por la boca.

-Hola.

-Hola...Dijo mirando a su derecha

Allí estaba ella..., encogida de frío; con su pelo suelto cayéndole graciosamente hacia uno de sus hombros; con sus ojos mirándole fijamente; con su graciosa y redondeada nariz, roja por el frío; con sus pequeñas orejas adornadas con unos sencillos pendientes; con las manos dentro de los bolsillos de una cazadora negra; con un

pantalón vaquero ajustado, y unos zapatos con un poco de tacón, que parecían incomodarle.

Apartó el libro, y le tendió su mano.

-Estás helada. Siéntate

Ella, temblando, presa de un escalofrío, se sentó.

Se dejó abrazar. Apoyó la cabeza en su hombro. Su aroma, el olor de su pelo, recién lavado y todavía algo húmedo, entró en su nariz, y sacudió hasta la última célula de su cuerpo. Acarició su mejilla, sin dejar de admirar sus bellas y redondeadas facciones. Ella le correspondió con una sonrisa, interrumpida, únicamente, por la tiritona que no había cesado desde que llegara.

Volvió a mirar al horizonte, a la luna, cuyo brillo casi molestaba, al mar resplandeciente. Volvió a escuchar la música de las olas, y sonrió al imaginarse travieso, junto a ella, rompiendo el gigantesco helado de turrón con miles de juguetonas pisadas. Volvió a ver el dragón volando hacía las estrellas, iluminando la noche con el fuego que salía de sus fauces.

Cerró los ojos unos instantes y... todo se desvaneció. Giró la cabeza, buscándola...A su derecha sólo había un libro. El libro que nunca había dejado de estar allí. Sólo había sido un momento perfecto. ¡Otro maldito momento perfecto!